

SEXTO TRIMESTRE. 27 de noviembre 1838.

CAPILLADA 95. (43 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.



Si quis dixerit non esse sobras ad faciendas obras, anathema sit.

Si alguno dijere "que no hay sobras para hacer obras, le hago ministro, que es el mayor anatema que he podido discurrir.

CONC. 3. GERUND. CAN. 17.

LA SECRETA PÚBLICA.

En cualquier otro país que no fuese España, y en cualquier otra boca que no fuese la de Fr. Gerundio, esto de *secreta pública* se tendría por contradictorio. Pero en España donde en tablonés colocados en medio de la calle se suele leer en letras tan grandes como libros: POSADA SECRETA; en esta España, donde para que nada nos quede que guardar, ya ni aun secretos que guardar tenemos; en esta España, donde es público que hay una policía

secreta que en secreto persigue á los hombres públicos: en esta España donde se celebran sesiones públicas para manifestarse los resentimientos secretos, y sesiones secretas para tratar asuntos públicos: lo público y lo secreto han dejado de ser contradictorios. Y sobre todo, señores, para Fr. Gerundio en el actual estado de cosas lo mas contradictorio es lo mas español.

Veníamos pues dias pasados Tirabeque y yo que es como quien dice la comedia en un acto titulada *el Prior y su lego* que se está representando hace noches en el teatro *de las Tres Musas* sito en la plazuela *de la Cebada* (y he aqui otra cosa que fuera de España pareceria contradictoria y aqui no lo es; *cebada y musas*) veníamos pues por la calle de Alcalá, que ya saben vds. que en clase de calle no le va en zaga en anchura á los calzones de mi paisano y amigo el diputado Cordero en clase de calzones, como que bien puede decirse que los muslos de Cordero se enseñorean en dos calles de Alcalá de rusel fino, y que la calle de Alcalá son los calzones maragatos de la corte (1). Llovía, si Dios tenia agua; y yo creo que llo-

(1) Pues miren vds.; son calzones á quien debe el gobierno doce ó mas millones.

via sin mas razon que por no llevar yo el paragua ; porque parece cosa del diablo, que como se me acuerde echar mano de este utensilio, aunque el horizonte amenace estarse abriendo las cataratas del cielo, se suele sostener sin caer pinta, y el tal mueble no me sirve mas que de estorbo ; y si alguna vez se me olvida, aunque en el cielo no se vea una nube tamaña como la nube de un ojo, en un instante se arma un aguacero que me pone como una zupia. Tan constantemente me sucede esto, que he llegado á pensar si mi quita-aguas vendrá á parar en ministro, porque tiene don de errar: ó por mejor decir, le tengo yo. Pero esto no lo digo porque me sirva de recomendacion para tan alto y espinoso cargo.

Veníamos pues, y en vano procurábamos evitar que nos cayesen encima las goteras de las canales, porque los canales de los tejados de Madrid están puestos con tal artificio, que sobre verter todos el agua sobre la mismita acera por donde hay que pasar, están tan desigualmente colocados que parecen reclutas puestos en línea de batalla; de modo que el pobre ambulante que no quiera recibir todas las aguas que de ellos se desgajan, tiene que marchar á lo gobernante ó á lo borracho, es

decir, ó haciendo eses, ó dando pasos tortuosos y culebrinos.

Para mí mayor consuelo un prógimo que junto á mi pasaba me tropezó el sombrero con su quita-aguas, y me le derribó al suelo; item mas la peluca que emigró con él dejándome la calva *á la intemperie del tiempo*, como dicen en Campazas y en Carabanchel, y bajando el calor de mi cerebro dos grados y medio bajo de cero desde cinco sobre él á que estaba segun el termómetro centígrado. Me bajé á cogerle, y en esto oigo que me dicen: Sr. Duque, me alegro llegar tan oportunamente; aquí tiene vd. mi paragua, y celebro haber hallado á vd. para darle las gracias por haberme cedido la palabra, proporcionándome con eso ocasion para desfogar contra mis enemigos.— ¡Yo Duque, y á mí gracias por ceder la palabra! Recogí el sombrero con su adjunta, miré, y.... ¿quién dirán vds. que era el obsequioso prógimo? El Sr. Castro y Orozco, que viéndome la calva debió figurarse que era el Duque de Gor, y me daba las gracias por haberle cedido la palabra en la cuestion sobre las elecciones de Málaga, tan armoniosa y cortésmente discutida.

Deshecha la equivocacion, él prosiguió su

camino rogándome que le dispensára, y yo proseguí el mio con Tirabeque deseando encontrar donde meternos y poder estar guarecidos de la lluvia. Aquí, señor, me dijo Pelegrin entrándose por la primera puerta de la Aduana contigua á la Historia Natural. Y allí entró tambien mi muy reverenda y muy ensopada humanidad con ánimo de permanecer hasta que pasáse el turbion.

Apenas entramos, me dijo Tirabeque: há señor, mas de cuatro viajes he hecho á este sitio por causa de sus narices de vd.—¿Por causa de mis narices?—Si señor; porque aqui en esta puerta se despacha el rapé en botes. Pero apártese vd., señor, que va á entrar esa galera.—En efecto, no bien lo habia dicho cuando comenzaron á entrar las mulas. Pero ¡oh desgracia! Al llegar al medio del portal la mula delantera cayó y se abrió de los pechos, y la del tronco resvaló tambien y se perniquebró, quedando el carro atascado mitad en el portal y mitad en la calle. Allí era el oír de intergecciones y de ternos; ternos secos, é impermeables, pues que no les alcanzaba la humedad que nos rodeaba. Oradores elocuentes he oido, señores; pero elocuencia mas nerviosa, mas vehemente y mas viril que la de dos ca-

leseros á quienes se estropean dos mulas á la puerta de una Aduana, es imposible que pueda darse. Yo como buen Padre, trataba de calmarles y exortarles á la paciencia y á la resignacion. Pero señor, me decian, si todos los dias sucede esto: un año hace que estamos clamando porque se piquen ó se rayen estas piedras, porque cada dia se estan estropeando caballerías lo mismo aqui que en el patio, que está todo lleno de hoyos, y no nos hacen caso maldito. Y ahora contemple vd. cómo se pondrán los géneros recibiendo toda el agua del tejado.—Por eso no se apure vd., compañero, le dijo otro que debia ser comprofesor del mayoral, que alli adentro están los míos, y les está sucediendo otro tanto; porque todos los conductos y canales están rotos, y lo mismo da que estén los fardos alli que si estuvieran al raso. Y tras de eso pague vd. los derechos de aduana y de almacenaje.—Paciencia, hermanos, paciencia, les dije yo. Háganse vds. cargo de la estrechez de los tiempos, y que la hacienda no da para hacer obras, ni aun para refecciones siquiera de los establecimientos.—Señor, lléguese vd. aqui conmigo, me contestó uno de ellos. Y me llevó hasta el patio inmediato.

¿Vé vd. eso? me dijo. Eran unos andamios

muy altos, de los cuales bajaban una porción de albañiles, que acababan de poner en la fachada derecha un magnífico y anchuroso balcón de hierro, sobre el cual iban á colocar un gran mirador de madera que abajo junto á una reja estaba. Pues ese mirador que vd. ve, continuó, se pintará despues al ólio; se le pondrá su cristalería correspondiente, en seguida se colocará en él una buena estufa, y ya ve vd. si podrá quedar una pieza de provecho. Esto es para que vd. vea si aunque no hay dinero para componer lo que tanta falta hace, permitiendo que se mate el ganado del infeliz trágicamente y que los géneros de comercio se pudran en los patios, le hay para gastar en un mirador.—¿Y qué coste vendrá á tener esta obra? —De eso quien podrá dar á vd. razon será alguno de estos operarios.—Dígame vd., maestro (1): ¿qué coste tendrá esta obrita? —Como unos mil quinientos duros poco mas.—Bastante es para estos tiempos. Pero supongo que será obra de alguna necesidad.—Si señor, de las dos necesidades.—¿Cómo de las dos necesidades? ¿De necesidad de medio y de necesidad de precepto?—No sé como las llamarán

(1) En España *maestro* muchas veces significa *peon de albañil*.

vds.; pero nosotros las llamamos necesidad mayor y necesidad menor.—Vamos, querrá vd. decir necesidad absoluta ó *sine qua non* y necesidad *secundum quid*, que así las distinguimos nosotros los teólogos.—Pues los albañiles no les llamamos mas que necesidad mayor y necesidad menor, como he dicho á vd.—Señor, me dijo Tirabeque, si vd. le habla en teólogo y él responde en albañil, nunca se entenderán vds.

Vamos, acaso será alguna oficina de despacho para el Intendente, puesto que se vá á poner de tanto lujo....—No señor, continuó el maestro-albañil, lo mismo es para el señor caballero Intendente que para todos los demas dependientes de estas oficinas.—Eso quiere decir que es una especie de oficina pública.—No señor, nosotros la llamamos secreta.—¿Cómo ha de ser eso? Es para todos y se ha de llamar secreta? A esa nosotros la llamamos pública.—Pues entre nosotros se llama secreta.—Bien digo yo, señor, que los teólogos y los albañiles no se entienden vds. Dígame vd. paisano, y vd. perdone; ¿esa secreta es de las que huelen mal?—Para servir á vd., sí señor; mejor me entiende vd. que su amo.—¿Es de las que se llaman tambien letrinas?—Para lo que vd. mandase.

Al oír esto por poco no eché uno de los muchos redondos que habia oído á los caleseros. ¡Dios mio! exclamé: ¿es posible? ¿Será verdad que en estos tiempos de penuria y de miseria pública se gasten mil quinientos duros en hacer una secreta? ¿Será verdad que esto se hace á vista, ciencia y paciencia del público? ¿Será verdad que esto se hace en la corte misma? Vámonos de aquí, Tirabeque, mas que lluevan chuzos, y nos habíamos de ir de España, si posible fuera, porque me dá vergüenza ser español. Y echamos á andar diciendo: ¡cuántas *secretas* se estarán haciendo á costa de los fondos *públicos*!

JEREMIAS.

Este Jeremias no es aquel profeta lloron, hijo de Helcias, de los sacerdotes de Anathoth en la tierra de Benjamin: no es aquel de los threnos y lamentaciones cuyas palabras iniciales *Aleph, Beth, Ghimel, Teth, Caph* hacen cada una de ellas tener la boca abrida por espacio de media hora á los triples y tenores de las catedrales en noches de tinieblas. No es de aquel Jeremias de quien voy á decir dos palabras, sino de un Jeremias español, que tam-

bien hay Jeremias españoles y no pocos, que no todos han de ser Judas. En la literatura hay cada lamentacion que pasma; en política no hay mas que ir cualquier dia á las Córtes; escepto los cinco ministros que parecen cinco pascuas floridas, por lo demas cada diputado es un Jeremias que llora la ruina de nuestra Jerusalem y que nos pinta los caminos de Avila y Toledo como los caminos de Sion, que no habia quien transitára por ellos, y á cada arriero ó traginante le hace decir aquellas palabras que despues se han aplicado á la Virgen en su desconsuelo: *O vos omnes qui transitis per viam &c.* Oh vosotros todos los que andais por los caminos, ved si es vuestro dolor como el dolor mio: *quoniam vindemiavit me... &c.*; por que me vendimió el hijo de Palillos los pocos cuartos que trahía.» Éntreme vd. con mis pobres viuditas, que lo mismo es entablar conversacion con ellas que al instante le recitan á uno el versículo cuarto de la cuarta lamentacion: «*parvuli petierunt panem....* los niños piden pan y no tengo un bocado que darles.» — En fin, cada español es un Jeremias, porque bendito sea Dios, á nadie le falta por qué colgar el lagrimon.

Pero tampoco es de estos Jeremias llorones

el Jeremias de que yo hablo hoy. Sino un Jeremias Hernandez que tuvimos en España hace unos quinientos y tantos años; el cual Jeremias Hernandez, llamado *el español Jeremias*, en vez de gastar el tiempo en llorar y gemir como los españoles de ahora, le empleó en lo que le tenia cuenta, que fué en llevar la cuenta y razon de su hacienda y caudal de un modo que nadie pudiera pegársela y hacerle lo que llaman una mala partida. Al efecto inventó en union con un especie de Tirabeque que tenia, que llamaban Eleazar (nombres ambos de antiguo testamento) un método de llevar cuentas que desde entonces se llama de *Partida doble*, sobre cuyo método está publicando un tratado *D. Manuel Victor de Christantes*, gefe de seccion del ministerio de Hacienda, demostrando en él la facilidad de aprender el sistema de Partida doble sin necesidad de maestro, y la conveniencia y aun necesidad de aplicarle al comercio y á las oficinas del estado.

Señores, para mi es griego todo ese potage de *«diferentes deben á diferentes: á caja francos, tantos: mercaderias en sociedad con Bray y con Dupui francos, tantos; céntimos, cuantos: á comisiones, á ganancias y pérdidas, á caja, obligaciones por cobrar, libro mayor, y*

libro diario: contribuciones deben á depositaria: hacienda pública debe á cuenta general de acreedores por gastos comunes y toda la demas trapisonda que el Sr. Jeremias y el señor Christantes nos enseñan en su obra. Figúrense vds. que toda mi aritmética está reducida á este sencillísimo sistema: Tirabeque debe á Fr. Gerundio cuatro rs. porque le dió diez y seis para el gasto y no gastó mas que doce: Fr. Gerundio dá á Juan suscriptor tantas capilladas y Juan suscriptor debe pagar á Fr. Gerundio tantos reales.

Pero tanto me han hablado los inteligentes sobre el embrollo del sistema de contabilidad en las oficinas de Hacienda (lo cual creo como si fuese un artículo de fé), y tanto de la utilidad de que se adoptára el sistema de partida doble de Jeremias y Christantes, no solo para las oficinas del estado sino para cada particular en su casa, que yo, órgano indigno, pero bienintencionado, de las necesidades del pais, yo humilde *manso* (verán vds. qué metáfora tan cenceril me ha ocurrido ahora) que con el cencerro de mi periódico me he metido á guion del rebaño del pueblo, no he podido negarme á las invitaciones de dar á conocer esta obra que es un tomo en cuarto titulado: *Tra-*

tado de cuenta y razon, ó Cuentas del español Jeremias. Y como mi periódico no es periódico de anuncios sino de artículos, cada vez que tengo necesidad de hacer un anuncio (lo cual haria con muchísimo gusto, si el periódico lo permitiera, porque soy complaciente hasta pecar por demasía), tengo tambien que formar sobre él un artículo sino se han de desnaturalizar las capilladas. Lo cual bien conocerán mis amados lectores que no es cosa muy facil. Por lo que con toda esta naturalidad y franqueza que Dios me ha dado les suplico sean un poco económicos en encomendar anuncios á Fr. Gerundio, puesto que hay abundancia de periódicos diarios que tienen estension y cabida para todo. Por lo demas, si se ofrece algo en que pueda servir á vds. ¡qué disparate! con el alma y la vida. Ya saben vds. que vivo en mi celda y que ella y el inquilino están á su disposicion.

EL LABERINTO.

Yo quisiera ver aqui en España al guapeton de Teséo, al mancebo aquel que acertó á salir del laberinto de Creta con el auxilio del hilo que le regaló aquella mozuela que llamaban

Ariadna. Que venga, que venga el mocito ese aquí á la patria de Fr. Gerundio á ver cómo se las maneja para salir de este laberinto: que traiga, que traiga ovillos de hilo para encontrar la salida; que traiga maromas y sogas carretales, que yo le aseguro al hermano que si una vez llega á meter una pata en esta tierra de bendicion, bien puede traer todo el cáñamo y esparto del mundo, que si piensa poder despues encontrar salida, se engaña como un pobre inocente. Hay hombres muy tontos: se les figura que todos los laberintos son iguales, ó que el laberinto que nos han fabricado ahora en España es un laberinto cualquiera. Es menester distinguir de colores. Y si pensaba encontrar aquí una Ariadna que le diera el hilo para salir, venia muy equivocado. Es Fr. Gerundio de casa, y por mas que la anda buscando hace ya no sé cuánto tiempo, no la encuentra, con que hágase vd. cargo.

Y eso que en este laberinto no hay encerrado ningun *minotauro*, ni ningun toro de Pasifae ni de Minos, que los que aquí se corren todos son de Gaviria, ó de doña Manuela de Angulo, ó de otros españoles honrados. Lo que hay aquí encerrado solamente es *un gato* muy grande. Yo no le he visto; pero se me figurá

que ha de ser mas gato que Micifuf, mas que Zapiron, mas que Miauragato y mas que todos los héroes-gatos de Lope de Vega, Iriarte y Samaniego; que [cuando algun Teséo intenta salir del laberinto, le enreda el hilo con uñas de oro, ó se le corta y le deja tan enlabinado como estaba y aun mas. Bien que yo tampoco veo aquí Teséos de fé y de resolucion. Lo que veo en vez de *Teséos* españoles, son españoles *tiosos*, que por llevar adelante su tiesura, nos dejarán perecer en este laberinto á los que de buena fé y con buenas intenciones nos hallamos metidos en él sin saber cómo, y perecerán ellos mismos, porque cuando quieran salir ya no podrán, sucediéndoles lo que á Dédalo que no encontró salida en el laberinto mismo que él se habia fabricado.

LA GRILLERA.

Cuando veo que se gastan 1,500 duros en una secreta, me avergüenzo de ser español, y cuando recuerdo la sesion del Congreso del último sábado, me avergüenzo de ser liberal. Los padres de la patria parecian grillos, y el santuario de las leyes una grillera. Cuando contemplo *el laberinto* se me cae el alma á

los pies; cuando oigo *la grillera*, se me baja el entusiasmo á los calcañales. Tal era el guirigay, que el Presidente dijo que era imposible presidir portándose así el Congreso: si los campanillazos y puñetazos que dió sobre la mesa los hubiera dado sobre la cabeza de Cabrera, á estas fechas la guerra de Aragon ya tendria otro aspecto. Desde arriba se veian las señales que dejaban sobre la mesa los bordes del esquilon. Pero es menester confesar en honor del Sr. Isturiz que aquel día obró como un Fr. Gerundio, pues supo hermanar dos cosas bastante contradictorias, el mal genio con la prudencia; hermanamiento que evitó que los grillos se volvieran gallos ingleses que acabarían por darse de picotadas. Al oír aquel *gri gri*, me decía Tirabeque; señor, ¿se salva así la patria?

En vista de esto Fr. Gerundio va á hacer aquí mismo una breve esposicion á S. M.

SEÑORA:

La España está hecha un laberinto: el Congreso una grillera y los ministros unos santos de Francia: todos, todos, todos, convienen en que la primera, la urgentísima necesidad es la formacion de un ministerio fuerte, compacto, justo, severo, que no pertenezca á pandillas, y sea solo del partido de Fr. Gerundio, á saber, del partido de los liberales de bien. Los momentos son preciosos, con que, SEÑORA, POR LOS CLAVOS DE CRISTO.....

MI CAUSA.

Hermanos, pronto tendréis el gusto de reiros un poco á cuenta de ella.

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.